

Lo que preparamos

- 1.º Tapas de tela de riquísima presentación para encuadernar los 22 primeros números de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA al precio de Pesetas 1.25. Aceptamos encargos de nuestros lectores y corresponsales de provincias desde ahora con el fin de poder cumplimentar todos los pedidos que nos tienen anunciados.
- 2.º Un lujoso album para las postales de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA publicadas hasta fin de año, cuyas condiciones de entrega sorprenderán gratamente á nuestros asiduos clientes.
- 3.º El indiscutiblemente mayor éxito editorial. Lo mejor publicado referente á cinematografía. En breve todos se convencerán de ello.

CON MOTIVO DEL PRÓXIMO PRIMER ANIVERSARIO DE «LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA»

¡SENSACIONAL NOVEDAD!

Sdad. Gral. Espla. Librería, Barbará, 16. BARÑA.

Manuel Castro, Pretíl de los Consejos, 3, MADRID

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 49

25 cts.



**DE LOS
CONFINES
DEL SILEN-
CIOSO NORTE**

por

Frank Mayo
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 49

DE LOS CONFINES DEL SILENCIOSO NORTE
por FRANK MAYO

Producción «UNIVERSAL»

Concesionarios: Hispano - American Films, S. A.
Valencia, 233 :: :: :: Barcelona.

:: : Argumento de la película de dicho título : ::

Esta es una historia de los grandes pinares del Canadá, de vastas extensiones cubiertas de nieve en el invierno, tapizadas de flores en verano, donde los árboles y los hombres crecen derechos y fuertes.

Allí fué donde Pedro Bautista llegó un día, muchos años atrás, viviendo siempre feliz á pesar de los «sacrificios» que á menudo había de imponerse para comer. Precisamente al dar comienzo á nuestro relato, el bueno de Pedro,

valiente y simpático como sus veinticinco años, se sacrificaba...

Allí también, en el maravilloso paisaje noroesteño, Marcette transformóse en una primorosa joven bajo el tierno cuidado de su viudo padre, Andrés. Flor tan delicada no salió nunca de la soñolienta región.

El padre de Marcette era el factor del Fuerte Roubideaux, puesto avanzado de la gran compañía de pieles del Noroeste, en cuyas cabañas vivían veinte cazadores, Pedro inclusive.

Por ser probablemente el más joven... y amable de todos, (sin que ello quiera decir que los demás no la colmaran de atenciones) Pedro había sido siempre para Marcette el confidente de lo que ella solía llamar penitas, el amigo, ó mejor, el hermano mayor de sabios consejos y de inagotable cariño.

Un día de invierno, cuando la naturaleza parecía envuelta en un blanco sudario y el silencio de los bosques era sepulcral, se acercaba en trineo al fuerte de Roubideaux un inglés, de nombre Reginald Stannard.

Dentro de la factoría reinaba la alegría, se sentía calor. Los cazadores comenzaban á traer las pieles, y Andrés era justo y generoso.

De los veinte hombres de Roubideaux, diecinueve ganaban el sustento con el sudor de su frente; el vigésimo era Ashef Nefferton, misterioso personaje que no se sabía á qué había ido allí.

Marcette, saltando como una chiquilla, ante la animación de la factoría que empezaba á llenarse de pieles, preguntó por Pedro á su padre.

—Está ahí dentro... no se le oye desde hace un buen rato.

Marcette abrió la puerta de la habitación que venía á ser la cocina, y vió á Pedro llorando lagrimones como garbanzos.

—¡Oh, mi Pedro; qué gracioso estás llorando!

—No... no te rías, Marcette... No es cosa de risa...

—¡Por Dios, Pedro, qué cara pones! Si papá te viera de este modo...

—Si también ha de reirse porque lloro, dile que venga... cs divertiráis ambos conmigo sin que os cueste un céntimo... Pero, oye,... ¡Ay!

—¡Ja, ja, ja!

—Ya quisiera yo verte en mi lugar... No, dije mal; esos ojitos no han de llorar nunca.

—¿Ibas á proponerme que te relevara de cortar cebolla?

—Ya acabé... y asimismo cesó el llanto. No podrás quejarte de mí... te proporcioné un momento de alegría.

—No es sólo cuando cortas cebolla que me distraes, Pedro. Tú eres siempre un buen muchacho para mí.

—Y que lo digas, niña mimada.

En este momento deteníase delante de la factoría el inglés Stannard. Pedro y Marcette salieron á recibirle, extrañándose de que durante el invierno se hubiese arriesgado ese viajante á ir á Roubideaux. De seguro que sería algo sumamente importante lo que había llevado á Stannard desde Londres hasta allí.

Ashef Nefferton, que presenciaba la anterior escena, tuvo una gran alegría al recono-

cer en el recién llegado á un amigo de club de la capital inglesa. Prestamente se le presentó:

—¡Cuánto me alegro, Stannard!

—Jamás hubiera pensado que le encontraría aquí, Nefferton.

—Pero, ¿ha venido usted para quedarse?

—Sí... Me trae una cuestión de intereses. Mi padre halló oro hace unos años en el Condado de Windigo y denunció los terrenos. Tengo un mapa que me dió antes de morir.

—Así comprendo su viaje por estas regiones, pródigas en peligros y glaciales. Todo sea por el oro, ¿verdad, amigo Stanard? Sin embargo, tal vez hubiera sido preferible para usted aguardar tranquilamente en Londres el verano.

—De ningún modo, Nefferton. El tiempo, *en todo el sentido de la palabra*, es oro, mucho más en este caso. Imagínese un instante solamente que alguien me hubiese usurpado la mina...

—Tiene usted razón... pero deseo que su posición haya ido demasiado lejos y que en la realidad no tropiece usted con ninguna dificultad.

Pedro ayudó al inglés á entrar el equipaje en la factoría; Nefferton acompañó á su amigo á presencia de Andrés, el encargado del fuerte, y Marcette, sin poderse explicar la causa, permanecía en un rincón de la factoría, callada, pensativa y los ojos puestos en Stannard.

Este último, hablando con Andrés, le dijo:

—Quizá esté aquí algunos días.... ¿Puede darme albergue?

Andrés, por el gesto que hizo al ir á contes-

tar, dió á éntender á Marcette que no estaba dispuesto á ofrecerle una habitación de su propia cabaña, y que probablemente le indicaría una de las que ocupaban los cazadores, donde podría ser admitido en calidad de huésped. En vista de ello, Marcette le murmuró algo á su padre, y éste, entonces, ante la sorpresa de Pedro, que había adivinado el súbito interés de ella por el viajante, accedió á darle hospitalidad en su vivienda.

Para firmar — con su pluma estilográfica — y mostrar su documentación á Andrés, Stannard sacó su cartera, y al volverla á su sitio, no encontró el bolsillo y se le cayó al suelo.

Nefferton, que se dió cuenta de ello, puso un pie encima de la citada cartera, echó una ojeada á su alrededor con el mayor disimulo posible para asegurarse de que nadie podía observarlo, y aprovechó el momento en que Stannard firmaba para apoderarse de la cartera y esconderse rápidamente.

Pronto notó el inglés la falta de sus papeles, y exclamó, delante de todos:

—¡He perdido mi cartera! El mapa y cuanto documento se refería á la mina están en ella.

Pedro salió al exterior de la factoría, donde se hallaba el trineo en que llegó el inglés, y miró si entre las pieles no se hallaba la cartera extraviada.

Los demás también buscaron por todas partes. Nefferton fingía participar del disgusto de Stannard.

A fin de cuentas, como era de prever, el resultado de las pesquisas fué infructuoso, y Stannard, no pudiendo, en conciencia, pensar

mal de aquellas gentes de rostro noble, *ni de su amigo*, convino en que era muy posible que hubiese perdido su cartera en la factoría anterior á la de Roubideaux.

Durante la tarde, Nefferton hizo planes precipitados, y cuando vino la noche reunióse con un indio, á quien dió tanto whisky como quiso, y con él habló de la siguiente manera:

—He persuadido á Stannard que confíe en su memoria y salga inmediatamente á localizar la mina, no sea cosa que alguien halle los documentos y se le anteponga. Tú le servirás de guía... y te cuidarás de que no regrese.

Entretanto, Marcette y Stannard, en la factoría, habiendo simpatizado así que se vieron, dialogaban amigablemente, ella ingénuamente, y él con exquisita galantería nacida de su admiración por su belleza...

—No había soñado encontrar tal hermosura en las selvas... ¿No ha tenido anhelos, señorita, de las luces, la alegría, las amistades de la gran ciudad?

—A veces, señor, cuando estoy triste, me consuelo soñando. Dígame: ¿son muy hermosas las damas de la población?... Y los hombres, ¿son todos tan apuestos como usted?

—Las mujeres son hermoas en todas partes... y los hombres somos lo que ustedes quieren, señorita.

Pedro, testigo de la incipiente amistad de Marcette y Stannard, temió que realmente no fuera correspondido en su amor por ella, que tal vez sólo le querría siempre como se quiere á un hermano. No obstante, como su amor era verdadero, puro de toda pureza, no podía ser

egoísta. De consiguiente, lejos de enemistarse con dichos ó hechos con Stannard y enojarse con ella, se limitó á disimular la tristeza que le daba verlos juntos, tan amigos, y si les interrumpió no fué más que para decirle á Stannard:

—¿Está usted seguro que ese señor Nefferton es un buen amigo suyo?

—¿Por qué lo dice usted?

—Oí que le decía que partiera, pero el cielo da señales de una fuerte tormenta.

—Nefferton aseguróme que tendría tiempo de sobra de llegar á destino antes de que se desencadene esa tormenta. Por mi parte, prefiero partir antes que después de ella por razón de los caminos, que bastante capa de nieve tienen ahora.

—Es que yo creo lo contrario de Nefferton, señor.

—Está bien; le agradezco su aviso y voy á ver en seguida á mi amigo...

Salió Stannard de la cabaña en dirección á la de Nefferton, después de inquirir cuál era.

Marcette, cogida en las redes de la ilusión, iba á subir á su cuarto, despidiéndose vagamente de Pedro, y su padre la detuvo al pie de la escalera.

—Este inglés no es como los hombres de Roubideaux, ¿verdad, Marcette? Algún día, cuando hayamos hecho un poco de dinero, conocerás otro modo de vivir. ¿Te gustaría, hija?

Marcette vió á Pedro, que la miraba con un mirar lánguido, en pie en el centro de la factoría y, por primera vez desde los años que se conocían, *comprendió*...

Durante toda la noche, Marcette se debatió entre la ilusión de amar... y la ilusión de saberse amada.

*
**

Al amanecer, Stannard, á quien Nefferton había nuevamente aconsejado que partiera sin



—¿Está usted seguro que ese señor Nefferton...

cuidado alguno respecto á la presagiada tormenta, esperaba en la factoría, preparado para reemprender la marcha hacia el condado de Windigo donde se hallaba la mina, la llegada del guía que le debía acompañar.

Marcette bajó á despedirlo.

Stannard, consultando el cielo, la dijo:

—Comienzo á creer que el señor Nefferton es mejor astrónomo que su amigo Pedro.

Y ella, sonriéndole, contestó:

—Por usted deseo que esta vez Pedro se haya equivocado.

—Muchas gracias. ¡Ah! Ahí está mi guía. Entonces, señorita, hasta mi regreso.

—¿Volverá usted pronto?

—Así lo espero.

Antes de caer la tarde, Stannard se dió cuenta de que Pedro sabía leer los cielos, pues la tormenta le sorprendió en mitad de camino.

Marcette, presa de una fuerte agitación nerviosa, imploró á Pedro, quien en todo el día no le había dirigido la palabra, respetando el silencio de ella impuesto por el pensamiento del otro:

—¡Pedro, su vida está en peligro! ¡Me alegraría tanto si lograras salvarlo!

Pedro tuvo deseos de llorar, de reventar su dolor en lágrimas, mas no lo hizo... por ella, por cuya alegría lo daría todo, incluso su vida. Consecuente, pues, con el desinteresado cariño que la profesaba, la contestó:

—¿Me pides que vaya, Marcette?

—Si, Pedro.

—¡Pues voy!

—¡Oh, qué bueno es mi Pedro!

—Yo no sé lo que soy... pero tan sólo por verte feliz cerca de mí, haría lo imposible. Parto veloz...

—Espera... Toma.

—¿Este gorro es para mí?

—Yo te lo regalo.

—¿Tú?

—Mira el forro.

—¡Oh! ¡Mi nombre bordado! ¡Marcette, esto es demasiado para mí!

—Esto es poco para corresponder á los muchos favores que nos has hecho á papá y á mí.

—¡Dices que vale poco este gorro cuando tus manos le hicieron! Marcette, es un tesoro lo que me das y no hay en la tierra un hombre más feliz que yo. Adiós, Marcette.

—Esperaré tu vuelta ansiosamente...

—Mi ausencia no será larga.

Pedro abrazó á Marcette, con un abrazo de hermano, y partió en trineo con un guía.

Marcette, viendo alejarse á Pedro, tuvo como un ligero remordimiento de que, por su causa, fuera á correr serios peligros á través de las inmensas llanuras nevadas.

Al final del siguiente día, Pedro consiguió lo que se había propuesto: alcanzar á Stannard; pero le vió en distinta forma de la que podía imaginarse: estaba tendido en la nieve que lo cubría; el guía que tenía la misión de matarlo y que no pudo realizar su crimen por sorprenderlo la tormenta, había fallecido de frío.

Stannard aun respiraba. Con todas las precauciones debidas y mayor celeridad, previamente reconfortado con un poco de alcohol que Pedro llevaba en una cantimplora, fué llevado Stannard á una vieja cabaña abandonada en el desfiladero.

Marcette, en angustiada espera, rogaba por que Pedro regresara sano y salvo y le diera noticias de Stannard.

El factor, su padre, compadeciendo á su hi-

ja, de cuya ansiedad creía conocer la verdadera causa, trató de consolarla:

—Valor, Marcette.—la dijo—Pedro te traerá al señor Stannard sano y salvo.

Marcette levantó sus ojos hasta su padre, le miró con cariñosa sumisión, y le contestó:

—Yo solamente quería salvar al señor Stannard de su propia falta de precaución, pero lo que más deseo es que á mi Pedro no le suceda nada malo...

—¡Ah! Entonces, ¿por qué has hecho creer á Pedro que amabas al inglés? ¿Para qué le has mandado á arrostrar la tormenta con el corazón transido de dolor?

—¡Oh, papá... no me riñas! Yo he jugado hasta ahora con Pedro, y él, porqué me quiere ciegamente, me ha mimado con exceso. Estoy arrepentida y quiero tenerle pronto de nuevo á mi lado.

—¡Ah, muñeca! No te apures: si Pedro no vuelve mañana, los cazadores saldrán á buscarle.

Stannard había, entretanto, vuelto en sí. Enterao de lo noblemente que con él se había portado Pedro, le estrechó efusivamente la mano, le brindó su incondicional amistad, y puesto que su guía había muerto, le propuso:

—Seguiré, Pedro, si me ayuda á dar con la mina. Recuerdo las marcas en el mapa: la mina estaba cerca de una bifurcación del río. Si trabaja usted conmigo, le hago mi socio.

—No por lo que usted me ofrece, sino por complacerle, por serle útil, acepto colaborar con usted.

—Gracias, Pedro. Ahora me pregunto cómo

hubiera podido seguir adelante en mi empresa con un guía ignorante y sospechoso.

*
*
*

A través de la primavera y del verano, largos meses de incesante labor no habían producido más que esperanzas.

Mas he aquí que cierto día, al efectuar un nuevo descenso en el pozo de la mina, el cual abrieron en el emplazamiento que, según el recuerdo de Stannard, figuraba en el plano desaparecido, Pedro lanzó un grito y anunció, con aire de triunfo, á su amigo:

—¡Oro!... ¡Al fin lo hallamos!

Stannard comprobó la autenticidad del precioso metal, y ambos cantaron victoria.

Pocas noticias se habían recibido de los mineros en Roubideaux, y menos aún se sabía de su trabajo, pero un día de otoño, un cazador llevó una carta al Fuerte para Marcette.

En un abrir y cerrar de ojos, Marcette enteróse del escrito, y con no menos alegría que la de Pedro cuando halló el metal, manifestó en voz alta á su padre:

—¡Carta del señor Stannard! ¡Dice que él y Pedro han hallado oro!

—¡Demonio, qué suertel

—¡Qué maravilloso, padre mío! ¡Nuestro Pedro es rico!

—¡Oro! Eso será muy bueno para Pedro, pero yo pierdo el mejor de los cazadores.

—Dí lo que quieras, papá, pero mi Pedro, mi Pedro, es un hombre cabal.

Poco después, mientras que en el fuerte Roubideaux, Nefferton, que en unión de varios ca-

zadores había oído que los mineros hallaron oro, tramaba una conspiración contra éstos; que Marcette agradecía á su crucifijo milagroso el que hubiese oído sus súplicas respecto á que todo le fuera bien á Pedro; y que el padre de la muchacha deseaba que los mineros volvieran pronto para que su hija estuviera contenta, éstos, á la lumbre amarillenta del fuego del hogar, hablaban de cosas íntimas, sentimentales.

Pedro originó el diálogo para poder leer en el corazón de Stannard:

—Henos ya á las puertas de la riqueza, señor Stannard. ¡Quién lo dijera! Nuestros desvelos serán premiados más de los que en realidad merecen. Yo no sé si voy á ser más feliz que hasta ahora. Me parece que no. Y usted, señor Stannard, ¿para qué quiere usted este oro? Para usted, no, ¿verdad? Será para una mujer-cita, ¿no?... Todo para ella... todo, ¿eh?

Los dos hombres guardaron un religioso silencio durante un instante. Las palabras de Pedro habían evocado en ambos dulces recuerdos. El pensamiento de Pedro volaba hacia Marcette, su tierna Marcette, y á la par que se sentía poseído de una infinita dulzura, se reproducían en su inquieta mente las escenas de afectuosa plática entre Marcette y el inglés, y luego el suplicante ruego que ella le hiciera para que salvara la vida de Stannard. Sin embargo, tan grande era su amor por Marcette y tan nobilísimas sus ansias de que ella fuera dichosa, que no se rebeló siquiera ante la realidad de que Stannard, como claramente Pedro lo había visto con sus propios ojos, conquis-

tara de pleno el corazón de Marcette. Lo único que podía permitirse era admirar al inglés por haber sabido, desde el primer encuentro, enamorarse á Marcette. Lo que también á Pedro le interesaba saber era si Stannard la quería á ella, y para intentar asegurarse de ello fué por lo que le preguntó para quién quería el oro.

Stannard, ajeno en absoluto á las ideas de Pedro, se había trasladado imaginariamente á su patria y, como en un delicioso sueño, creía estar junto á su amada, su Cecilia que le adoraba, el día de su despedida al irse al Canadá. Su última frase fué ésta:

—No llores, Cecilia de mi vida; tu imagen querida será mi preciado talismán. Es sólo por un año, y cuando regrese... nos casaremos.

Y ella habíale contestado:

—Te llevas todas mis ilusiones contigo, y mi pensamiento te pertenecerá invariablemente siempre. Con tu regreso me devolverás á la vida. ¡No me olvides nunca, Reginald!

Eso estuvo pensando Stannard mientras Pedro recordaba á Marcette, pero sin comunicarse mutuamente sus "sueños". De modo que al contestar Stannard á la pregunta de Pedro, como sigue, en un tono de profundo enajenamiento: «Sí, Pedro,... Todo para una joven», Pedro supuso que esa joven era Marcette y replicó, ocultando á los ojos de su amigo, mordiendo su pipa y echando sendas bocanadas de humo, su visible afectación:

—Siempre es una mujer la que hace que los hombres acometan grandes empresas.

No dijeron más. Permanecieron silenciosos

nuevamente. ¡El silencio alivia tanto los corazones!

..

Y tras de la Fortuna vino la tragedia, una tragedia que llevó á Pedro á Roubideaux inmediatamente después de ocurrida, impulsado por un solo pensamiento: el salvar á Stannard para Marcette. En efecto, éste se hallaba en gravísimo estado á consecuencia de un accidente en la mina.

Cargado Stannard sobre sus espaldas desde la cabaña en que vivían ambos hasta encontrar el río por el cual se deslizarían hasta cerca de Roubideaux, así llegó aquí Pedro, demostrando una vez su ilimitada abnegación.

Marcette, cosa peculiar en toda mujer, dió positivas muestras de disgusto al ver enfermo al inglés y á Pedro parecióle que dominada tal vez por el temor de que pudiera morirle allí mismo, Marcette lloraba.

—No te asustes, Marcette—la dijo él, entonces.—Estoy seguro de que tiene salvación.... Se cayó en la mina y no ha vuelto á hablar desde entonces.

—Pronto, papá: ayuda á Pedro á poner al señor Stannard en la cama. Yo voy á avisar al médico.

Así fué hecho, y al poco rato Stannard descansaba en un mullido lecho y el doctor le auscultaba. Su diagnóstico era esperado con febril interés. Al fin el médico dijo:

—Creo que podemos salvarle, pero le debe la vida á Pedro... Otro día más y hubiera sido tarde.



FRANK MAYO
In The Universal Attraction
"OUT OF THE SILENT NORTH"

Pedro abrazó á Marcette, con un abrazo de hermano,...

Marcette dirigió á Pedro una mirada llena de admiración y agradecimiento... mas Pedro no pudo, mucho menos delante del enfermo, sostener esa mirada con la expresión de la inmensa dicha que le invadía todo su ser, por haber merecido tanto á los ojos de ella.

En los días que siguieron, nadie rogó más



Cargado Stannard sobre sus espaldas...

por el restablecimiento de Stannard que Pedro... Era su amigo y además... tenía que pensar en Marcette.

Y cuando el enfermo estuvo fuera de peligro, sin haber recobrado aún la palabra, Pedro consideró que su presencia sería más útil en la mina—que siempre andan sueltas las ra-

tas—puesto que allí, en Roubideaux, el enfermo no necesitaba más de sus cuidados.

Marcette, que adivinó que Pedro iba á partir de nuevo, se vió con él á solas:

—¿Vas á marcharte solo, Pedro?

—Sí; aquí ya no hago nada... Me voy otra vez para la mina.

Pedro lo tenía todo preparado y se fué hacia el río para regresar por el mismo camino que vino. Marcette le siguió hasta allí y en el momento de ir á alejarse aquél con la barca, ella le dijo con cierto enfado:

—No está bien que te marches así, Pedro.

El, decidido á confesarle que por no ser ciego había visto que Stannard le gustaba y que tenía sus motivos para estar convencido de que se querían, la replicó marchándose ya:

—¿Para qué voy á estar aquí!... ¿Acaso no tienes suficiente con el señor Stannard?

Marcette, materialmente clavada en el suelo siguió dolorosamente con la vista el curso de la frágil embarcación... queriéndole decir algo á Pedro, pero la neblina de la caída de la tarde sobre el río había ocultado el secreto que sus ojos pugnaban por revelar.

—¡Cecilia!... ¡Cecilia!

Stannard soñaba apaciblemente y, recobrando el habla como por encanto, (aunque ello era esperado de un momento á otro) había pronunciado el nombre de la mujer amada que dejara en Londres.

Marcette se mantuvo silenciosa y pensativa

á la cabecera del enfermo, y su pensamiento voló hacia su Pedro. ¡Ah, si éste hubiese oído el secreto de Stannard! ¿Desvanecería él entonces sus temores respecto á que ella se inclinaba completamente del lado del inglés?

El enfermo sonreía... Debía ver á su Cecilia y era posible que se creyese á su lado... abrazándola acaso. ¡Oh, si; su rostro tranquilo significaba el bienestar que sentía Stannard en aquel momento!

Y Marcette, cerrando sus ojos para reunirse mejor con su Pedro, en imaginación, supo, por vez primera ciertamente, lo que era la sed de amar....

*
**

Según hemos dejado dicho un poco antes de esto, las noticias del hallazgo de oro electrizaron á Nefferton. Este descubrió que la mina de Stannard no había sido denunciada debidamente, hizo un arreglo con tres cazadores tan poco escrupulosos como él, y con las primeras nieves del invierno se encaminaron los cuatro hombres hacia el condado de Windigo para jugarles una mala partida *en regla*, al inglés y á Pedro, que era francés.

En camino, el desaprensivo cuarteto convino, de mutuo acuerdo, que debían andarse con cuidado con Pedro á quien, por ser, por su valor á toda prueba, muy peligroso, sería mejor tratar de engañarlo...

Ni Nefferton ni sus colegas sabían lo que le ocurriera á Stannard y creían que también le iban á hallar con Pedro.

Al llegar á la puerta de la cabaña donde vivía, en la mayor soledad, Pedro, uno de los hombres de Nefferton, por no tener éste la suficiente sangre fría de dar la cara, como vulgarmente se dice, llamó con los nudillos.

Pedro, habiendo oído pasos sorpechosos, (en efecto lo eran, porque los bribones, á fin de no ser advertida su llegada, se acercaron silenciosamente á la cabaña) había tomado sus precauciones, y así que aquéllos llamaron abrió una ventanilla y se les apareció revolver en mano.

—No hay peligro alguno para tí, Pedro, ni para nadie. Puedes retirar el arma y abrir la puerta sin cuidado alguno... Esta mina es del señor Nefferton ahora... ¡De modo que estáis en propiedad ajena!

—¿Qué dicen ustedes? Me parece que son ustedes víctimas de una equivocación. La mina es del señor Stannard...

—Te repito que la mina es del señor Nefferton.

—Enseñen los documentos ó hago fuego.

—Helos aquí: la hoja de registro y el plano que indica más detalladamente el lugar de la mina.

Pedro se enteró con toda calma de los citados papeles, en el interior de la cabaña, oculto á la vista de los usurpadores, que esperaban afuera, y de repente, fijándose en el dibujo topográfico, iluminóse su rostro, dobló de nuevo los papeles y al devolvérselos al que se los había entregado, le dijo:

—Esto no es más que un mapa.

—Si, pero junto con el mapa hay la hoja de

registro y no porque no hayamos tomado aún posesión de los terrenos del señor Nefferton, tenéis derecho vosotros, es decir, tú y Stannard, á aprovecharos. Anda, abre; ya ves que la ley está de nuestra parte.

Pedro, que fingía un gran desconcierto, franqueó la entrada de su cabaña á los intrusos capitaneados por el ruín Nefferton en quien, desde que llegó á la factoría, vió al tipo del vividor sin escrúpulos, sin haberse equivocado.

Aquéllos entraron en la cabaña, amenazando con sendos revólveres á Pedro y buscando, con penetrantes miradas, en todos los rincones, á Stannard.

—¡Para qué tantas armas!—exclamó Pedro— Si la mina no es mía me marcho... y en paz. Nefferton le contará eso á Stannard y veremos quién tiene razón.

—¿No estuvo hasta ahora Stannard aquí?

—Efectivamente; pero desde hace unos días se halla enfermo en Roubideaux. ¿No estaba usted enterado de ello, Nefferton?

—Hace algún tiempo que el señor Nefferton no ha ido por la factoría. Este asunto de la mina y otros asuntos han reclamado su presencia en otras partes.

—Pero, ¿cómo es posible que el señor Nefferton vaya contra su amigo el señor Stannard?

—Esas cuestiones personales no nos incumben resolverlas. El caso es que los documentos del señor Stannard no fueron legalizados, que el señor Nefferton ha denunciado la mina legalmente y que la mina es suya.

—¡Muy bonito!

—Y por tomar el oro que en realidad era suyo, irás á la cárcel.

—¡Quién! ¿Yo? ¡Que se cree usted eso! Quizá ustedes se queden con la mina, pero yo no iré á la cárcel.

—¡Maniatadle!—ordenó Nefferton.

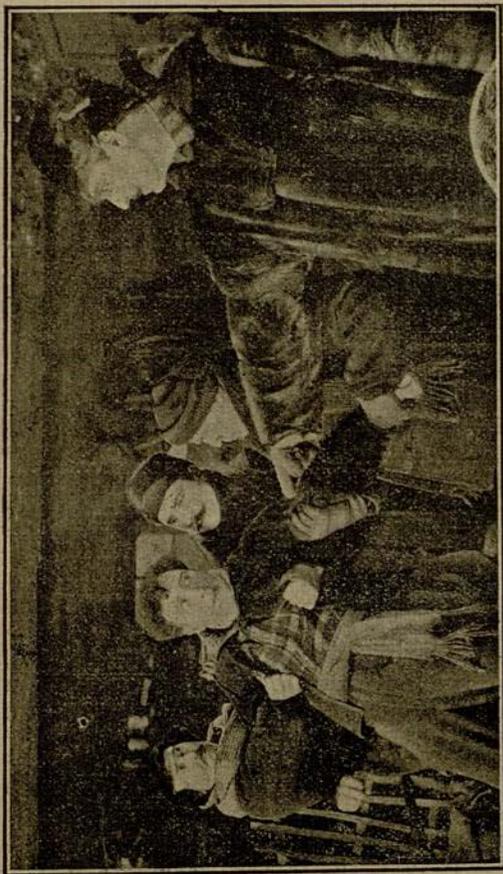
—Déjenme en paz de una vez... ¡Maldita sea! ¡Soltadme, cobardes!... ¡Oh, ladrones, qué gloria la vuestra! Me vencisteis... ¡y sólo érais cuatro á derribarme!

—Será mejor para tí que te calles... y duermas en ese rincón.

Llegó el nuevo día y mientras que el único ruido que se oía en la cabaña era el respirar de hombres cansados, completamente dormidos, Pedro logró escaparse. Apenas fugado, los usurpadores, despertados por el que había hablado con Pedro, celebraron la partida de éste.

—Creyó que le íbamos á meter en la cárcel é hizo precisamente lo que queríamos que hiciera.

Totalmente ajenos á la sorpresa que les preparaba Pedro, Nefferton y sus hombres se dirigieron con paso firme hacia la mina, viéndose ya los bolsillos reventando de oro, cuando, bruscamente, presenciaron un espectáculo con el que no habían contado: Pedro había volado el pozo de la mina para impedirles que la explotaran. Luego, recorriendo el terreno, vieron, inquietos, varios piquetes en uno de los cuales había sido clavada la parte del forro del gorro que Marcette regalara á Pedro con el nombre completo de éste. Entonces el colega de Nefferton dijo, alarmadísimo:



—Será mejor para tí que te calles.”

—¿Qué significan estos piquetes? ¿Acaso Pedro, no convencido por nuestras razones atribuirse la propiedad de la mina?... Aquí pasa algo raro.

—Peor para él: incurrirá en mayor pena por meterse en donde no le han llamado.—replicó Nefferton.— Mi plano bien claramente indica



Llegó el nuevo día y mientras que el único ruido...

que en este terreno se halla la mina y la mejor prueba de que existe es que otros la han hallado.

—¿Tiene usted el mapa? ¿A ver?... ¡Eh! ¡Nos hemos lucido!

—¿Qué es ello?

—Pedro es más listo que nosotros... Stan-

nard se equivocó. Esta no es la mina que Stannard buscaba. Estamos en la otra parte del arroyo... Hallaron oro aquí, en terrenos que no están denunciados. Pedro se dió cuenta de esto al ver el mapa, y los ha denunciado para sí mismo.

—En este caso, tenemos que llegar á Tres Ríos antes que él... á registrarlos...

Sin perder minuto, Nefferton y su principal cómplice partieron con el restante de los trineos en que llegaron los cuatro usurpadores, por haberse llevado Pedro el otro.

Tal era la velocidad del trineo de Pedro, que en una pronunciada curva del camino, volcóse rompiéndose de ambos lados, quedando inutilizable.

Por su parte, Nefferton y su cómplice casi le pisaban los talones á Pedro. Este, sin más recursos que su ingenio y su valor, esperó que pasase el trineo de aquéllos para, de improviso, abalanzarse contra sus ocupantes y evitar que fueran antes que él á registrar la propiedad de la mina, suponiendo con razón que ellos habían comprendido su error al irle á reclamar una mina que no había sido denunciada ni por unos ni por otros.

Por consiguiente, cuando el trineo de Nefferton se halló á tres pasos de sí, Pedro arrojóse sobre el acompañante de Nefferton, le dió un puñetazo en la sien que lo tumbó al suelo, sin sentido, y luchó con denuedo con Nefferton, administrándole la lección que en justicia merecía y obligándole además á morder la fría nieve.

Libre de la persecución infame de los desa-

prensivos sujetos, Pedro llegó á Tres Ríos, y allí registró la mina á su nombre y al de Reginald Stannard.

De regreso á Roubideaux, con la victoria en sus labios... y en su corazón derrota, Pedro contó á Stannard, completamente restablecido,



...administrándole la lección que en justicia merecía...

cuanto le había sucedido por culpa del infame Nefferton:

—..... Desde un principio nos habíamos equivocado y hallamos el oro por suerte. Ahora todo está arreglado. ¡Si hubiera visto cómo engañé á ese *buen amigo* suyo!...

—¿Dice usted, Pedro, que le enseñaron un mapa?

—Sí. Supongo porqué me hace esta pregunta. Iba á decirselo antes: Nefferton debió robarle á usted la cartera.

—¡Qué infame!...

—En fin, resumidas cuentas, señor Stannard, la mina es nuestra. . de usted y mía. Podremos explotarla rodeándonos de la colaboración necesaria y la riqueza nos abrirá sus puertas.

—Eso se lo deberé á usted, Pedro; es decir, se lo debo á usted todo: mi vida y mi fortuna.

—Un amigo no debió nunca nada.

—Es usted para mí un hermano, Pedro.

—Gracias, Stannard.

*
**

Pedro separóse del inglés y en la factoría propiamente dicha, ó sea en la habitación principal de la cabaña, es decir, en la que se efectuaban las compras de pieles, habló con Marcette, que no se había separado de él un instante desde su ansiada vuelta.

Muy triste, como el soñador vencido que renuncia á sus quimeras irrealizables, Pedro la dijo:

—Marcette, he de decirte que mañana, apenas despunte el alba, me marcharé definitivamente de aquí... para subir más arriba... más cerca del cielo...

—Os deseo mucha felicidad á tí y al señor Stannard, pues ambos sois mis amigos.

—¿Por qué me nombras la felicidad del señor Stannard?

—Porque sé que será muy feliz... Por ciertas confidencias que ha tenido conmigo, sé que se

marcha á Inglaterra á casarse con la joven á quien ama.

—¿Cómo? ¿Stannard está prometido en Londres? ¿Es eso cierto, Marcette?

—Su novia se llama Cecilia y él la quiere por encima de todas las cosas y de todo el oro que pueda hallar.

—Yo fui ciego... ¡Necio de mí! Pero, ¿y tú, Marcette? Bien sabes que tu felicidad me interesa... Díme: ¿cuál es tu mayor anhelo?

—Mi ilusión, mi vida toda sería que algún día hallara un hombre que no tuviera siempre tanta prisa de marcharse.

—¡Marcette! Hermana, novia, esposa, mujer que todo lo significas para mí: repíteme con palabras claras que hablas de mí porque me amas y yo seré para ti el hermano, novio, esposo y el esclavo leal.

—Te amo, Pedro, y me basta que me quieras de la misma manera.

—¡Mi Marcette!... ¡Mi tesoro!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

PRÓXIMO NÚMERO:

Entre hielos

Asunto dramático, moderno, de un realismo admirable, interpretado por los distinguidos artistas:

Alice Lake

y

Rodolfo Valentino

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

GUSTAVO SERENA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 cts.

Para el Sábado

dia 13 de Octubre

el extraordinario número 51:

La Rosa de Nueva-York

sentimental alta comedia
en la que la eminente

MAE MURRAY

con un arte inimitable resuelve un complejo problema de AMOR y de MILLONES.

14 magníficas ilustraciones fotográficas

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

Marie Dupont

SÁBADO DÍA 13 DE OCTUBRE

¡Retenga esta fecha!

PRECIO: 50 CÉNTIMOS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte.

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semón. 49, Mabel Normand.